

## MONS. OSCAR ROMERO: PREDICADOR

Brian J. Pierce, OP\*

Han pasado veinticinco años desde que el Arzobispo Oscar Romero fue asesinado, cuando celebraba la Eucaristía en la pequeña capilla del hospital de la Divina Providencia en San Salvador, El Salvador (24 de marzo 1980). Se le recuerda como un pastor que conocía íntimamente a su rebaño, especialmente a los más abandonados y olvidados. Y hoy, a los veinticinco años, se le conmemora como un mártir de la causa de los pobres y los oprimidos – alguien que entregó su vida por sus amigos (Jn. 15,13). Sin embargo, tal vez por lo que más se le recuerda, especialmente entre los que lo conocían en vida, es como predicador de la Palabra de Dios. Romero, o simplemente “Monseñor” – como lo llamaba afectuosamente tanto el pueblo salvadoreño como el resto de Centroamérica – dedicó una inmensa porción de su trabajo pastoral al ministerio de la Palabra.

### Una palabra que se encarna en la historia

Hasta el día de hoy, muchos salvadoreños aun recuerdan las homilias dominicales de Romero. Una persona comentaba, «En esos días podías caminar por las calles y no perderte ni una palabra de la homilía de Monseñor, porque resonaba en cada casa.» Fue precisamente su predicación la que tuvo un enorme impacto entre las comunidades eclesiales y populares de su tiempo – una predicación que continúa haciendo eco en el mundo de hoy.

Cada domingo, la homilía del arzobispo se transmitía a todo el país por medio de la emisora arquidiocesana. Romero sabía dirigirse no sólo a aquellos que estaban reunidos con él en la catedral, sino que tenía la capacidad de llegar a los corazones de los campesinos y pobladores pobres quienes se agachaban cerca de sus radios para que no se les escapara ninguna palabra. Esto lo llenaba a Romero de una gran alegría, como expresó en una homilía dos meses antes de su muerte, «*¡Qué honor pensar que todos ustedes...son Cristo! Hasta el más*

---

\***Brian J. Pierce, O.P.**, es fraile dominico de la Provincia de San Martín de Porres. Vivió varios años en Centroamérica y ahora reside en Lima, Perú, donde trabaja como Promotor de la Familia Dominicana en América Latina y el Caribe..

*humilde campesino que está, tal vez, en reflexión allá junto a su aparato de radio, eres Cristo.»* (13 de enero de 1980).

Dos semanas más tarde, en una exquisita reflexión teológica sobre el lugar de la homilía en la liturgia, Romero dijo con palabras sencillas, pero con un sentido profundamente revelador, *«Cristo es la homilía [de Dios] que nos está explicando continuamente que Dios es amor, que Dios es fuerza... Cristo es homilía de Dios que [se nos] está predicando»* (27 de enero de 1980). Para Romero, la predicación de la Palabra es a la vez encarnación. Cristo es la homilía de Dios encarnada en nuestra historia.

Romero bien sabía que para poder escuchar y predicar a ese Cristo encarnado y vivo en la realidad de hoy, “uno se debe hacer pobre”. Se incluía humildemente a sí mismo en esta categoría de los pobres, como lo refleja su homilía de Epifanía en 1979: *«Cada domingo, cuando yo relato los hechos concretos de la semana, no soy más que un pobre adorador del Señor, diciéndole: Señor, te traigo lo que el pueblo produce...ricos y pobres, gobernantes y gobernados»*. Oyendo esas palabras, uno casi visualiza la imagen de alguien en un mercado, rodeado de verduras, comidas y artesanías – fruto de su trabajo y de su sudor – ofreciéndolo todo al Señor. *«Esto es lo que le traemos al Señor,»* comentó Romero, que nunca pretendió ser la fuente de la Palabra de Dios, sino simplemente un instrumento de la misma. Romero hizo eco de la voz del profeta Isaías: *«Los que no tienen plata, ¡vengan, compren y coman, sin plata y sin pagar...Háganme caso y coman cosa buena!»* (Is 55,1-2).

Las homilías dominicales de Romero no sólo eran el acontecimiento semanal más relevante para una gran mayoría de salvadoreños – que vivían bajo la sombra de un país militarizado – sino que servían como luz que alumbraba la presencia liberadora de Dios en medio de la historia. Para Romero, «los signos del tiempo» – un tema central para el Concilio Vaticano II – son el contexto privilegiado por medio del cual las personas de fe oímos la invitación a contemplar la acción de Dios en el mundo de hoy.

Durante los tres años en que Romero sirvió como arzobispo de San Salvador (1977–1980), los domingos eran en verdad días festivos para los pobres, ya que la Palabra de Dios que salía de la Catedral de San Salvador tocaba los corazones de la gente de fe en todo el país. Hombres y mujeres, niños y niñas en cada pueblo, barrio y milpa del país encendían sus radios para escuchar la predicación de Monseñor. Dijo Romero en la misma homilía de Epifanía arriba citada, *«Yo me imagino esta mañana que nosotros que hemos venido a misa aquí en la Catedral, o los que allí en torno de un aparato receptor de radio están*

*reunidos reflexionando esta palabra, somos una procesión que comenzó hace veinte siglos... Todos ustedes y yo somos convidados a esté festín, a estas bodas regias, de participar en esta alegría, en esta salvación, en esta esperanza. ¡Nadie está excluido!» (7 de enero 1979).*

Comprometerse a un predicación profética, encarnada en la realidad de los pobres y oprimidos, no le fue fácil para Monseñor Romero. Cada día se fue acrecentando la ya difícil relación de Romero con varios de sus hermanos obispos. Éstos frecuentemente se quejaban de que los fieles estaban siendo seducidos por la predicación subversiva del arzobispo, en vez de escuchar su propia presentación más ortodoxa del Evangelio. Pese a que estas tensiones le causaban mucho sufrimiento a Romero, nunca dejó que lo alejaran de la misión que Dios le había encomendado.

Para Romero, saber que su predicación tocaba las vidas de las masas pobres y olvidadas del pueblo salvadoreño era una gran bendición y una fuente de fortaleza. En abril de 1978, comentó con el corazón enternecido:

*«Ayer anduve por [la comunidad de] Dulce Nombre de María y me decían gentes humildes de los campos cómo escuchan esta palabra [que] les sirve de consuelo, de esperanza, de aliento. Me venían ganas hasta de llorar y decir como Cristo, «Te doy gracias, Padre, porque ocultas estas cosas a los orgullosos y soberbios del mundo y las revelas a los pobrecitos» (9 de abril de 1978).*

Para Romero, un verdadero trabajo pastoral nunca se puede realizar a distancia del pueblo y de su realidad cotidiana. Incluso, hay pocos temas más centrales en las homilias de Romero que la necesidad de que la Palabra de Dios se encarne e ilumine la verdad concreta e histórica que vive el pueblo. Romero veía claramente que la Palabra tiene que servir como luz de la verdad – así como lo fue para los profetas antiguos de Israel. El predicador, fiel a su vocación, tiene que arriesgarse por:

*«Una predicación que despierta, predicación que ilumina como cuando se enciende una luz y alguien está dormido, naturalmente que lo molesta pero lo ha despertado. Esta es la predicación de Cristo...la predicación auténtica de la Iglesia. Naturalmente, hermanos, que una predicación así tiene que encontrar conflicto, tiene que perder prestigios mal entendidos, tiene que molestar, tiene que ser perseguida. No puede estar bien con los poderes de las tinieblas y del pecado» (22 de enero de 1978).*

Para lograr esto, notaba Romero, el predicador tiene que trabajar con la creatividad de un artista – capaz de transformar la materia prima de la Palabra de Dios en palabra viva, palabra vigente para este momento y este lugar. Así dijo en Adviento de 1977: *«La Palabra de Dios, pues...tiene que ser una palabra que arranque de la eterna y antigua palabra de Dios, pero que toque la llaga presente, las injusticias de hoy, los atropellos de hoy, y esto es lo que crea problemas»* (4 de diciembre de 1977). Un mes y medio más tarde, en su homilía del 22 de enero de 1978, Romero enfatizó esta misma idea, citando un texto de los documentos del Concilio Vaticano II: *«El deber de un verdadero meditador de la Palabra de Dios es iluminar los signos de los tiempos con la Palabra de Dios, para darle a la historia y al momento que vive el sentido trascendente que lo une con Dios, y lo oriente hacia Dios.»* El año siguiente volvió otra vez al mismo punto:

*«Querer predicar, sin referirse a la historia en que se predica, no es predicar el Evangelio. Muchos quisieran una predicación tan espiritualista que dejara conformes a los pecadores; que no les dijera idólatras a los que están de rodillas ante el dinero y ante el poder. Una predicación que no denuncia las realidades pecaminosas en las que se hace la reflexión evangélica, no es evangelio»* (18 de febrero de 1979).

Éstas deberían ser las primeras palabras de la primera página del primer capítulo de cualquier libro de texto de homilética hoy.

La palabra profética de Mons. Romero tenía claridad y convicción porque nacía tanto de un estudio serio como de una oración profundamente contemplativa – las dos dimensiones íntimamente unidas a una preocupación diaria por la situación vital del pueblo. Hablando de su propio proceso de preparación para la predicación dominical, Romero dijo lo siguiente:

*«Estudio la palabra de Dios que se va a leer el domingo; miro a mi alrededor, a mi pueblo; lo ilumino con esta palabra...naturalmente que los ídolos de la tierra y las idolatrías de la tierra sienten un estorbo en esta palabra y les interesaría mucho que la destituyeran, que la callaran, que la mataran. Suceda lo que Dios quiera, pero su Palabra – decía San Pablo – no está amarrada»* (20 de agosto de 1978).

Para Monseñor Romero, el estudio es fructífero cuando se nutre de la oración. Como Moisés, Romero también aprendió a quitarse las sandalias ante la Palabra y la voz de Dios, haciéndose vulnerable, pobre, y mendicante. La Palabra es un don gratuito para quienes sepan acogerla con humilde atención. Hay un hermoso testimonio, contado por uno que había sido seminarista durante

el período en que Romero era arzobispo de San Salvador, que pone en perspectiva la vida excepcional de este hombre de Dios:

*«Me entró el gusanito de ser cura. Me lo metieron en el cuerpo aquellas homilias de Monseñor Romero, que las escuchabas y te encendían. A mí me ponían a mil... Cada homilía que le escuchaba a Monseñor, con aquella su fuerza, me convencía más el hombre. Llegar a ser cura así, valiente, de ñeque como él, era lo máximo que yo me podía imaginar en el mundo...*

*Me aceptaron por el entusiasmo y empecé a probar... En la mañana nos tocaba hacer aseo de aquel gran edificación. Nos ponían a barrer con grandes escobotas y con unos trapeadores inmensos y había que sacarle brillo a aquellos corredores largos como vías de tren. Un día iba yo con ese chunchón de trapeador, ¡sssss! para allá, ¡sssss! para acá, para acá, para allá, chaineando el corredor que pasa frente a la capilla en el piso de arriba, y al pasar miré que tan temprano ya había un cura rezando en las primeras bancas... de rodillas.*

*Seguí por el corredor, ¡fan! para acá, ¡fan! para allá, y al rato, que ya casi lo tenía pulido, aquel hombre todavía rezando. ¡Y ni se mueve el maje! Agarré para otro corredor y ya le tenía sacado el brillo cuando volví a asomarme a la capilla. ¡Ahí hincado! ¿Y qué hará rezando tanto ese curita, pues?... ¿Y es que con tanto burumbumbún que hay en este país sólo va a rezar? ¡Que aprenda ese rezador de Monseñor Romero, que tiene fuego en el corazón y en las palabras y que no anda perdiendo el tiempo! ¿O es que no oyó la canción, que no basta rezar? ¡Pues que oiga las homilias!*

*Yo bravo con aquel rezador desconocido. Si no sale, me meto a trapear la capilla... Por fin entré. ¡Sssss! para acá, ¡sssss! para allá, sacando brillo con el trapeador. Quería pesquisar al tipo para contarle a los demás en el desayuno. Trapeador arriba, trapeador abajo, me fui acercando a aquel totoposte... Lo miré de abajo a arriba: era Monseñor Romero. Ni se movió. Y cuando salí de la capilla, siguió hincado, rezando. Salí con masa desinflada y el trapeador al hombro, como una escopeta ya sin pólvora (Juan José Ramírez, citado en Piezas para un Retrato, pp. 199-201).*

Estas palabras, escuchadas de nuevo en este 25 aniversario del martirio de Monseñor Romero, nos mueven profundamente el corazón. La palabra profética que nació en las entrañas de Oscar Romero era regada y abonada por una profunda vida contemplativa, vida de oración. Para Romero esto es imprescindible. La predicación que no nace del encuentro silencioso con el

Dios de la Vida, el Dios que escucha el clamor de su pueblo (Ex. 3,7), no puede llamarse predicación de la Buena Nueva de Jesús. Timothy Radcliffe, OP, anterior Maestro de la Orden de Predicadores, dice lo siguiente en cuanto a la relación estrecha entre la escucha contemplativa y la predicación del evangelio:

*«Sólo si aprendemos a permanecer en el silencio de Dios podremos descubrir las palabras correctas, palabras que no sean arrogantes ni vacías, palabras que son a la vez verdaderas y humildes. Sólo si el centro de nuestras vidas es el silencio del propio Dios, conoceremos cuándo acaba el lenguaje y cuándo comienza el silencio, cuándo proclamar y cuándo callar. Rowan Williams [actual Arzobispo de Canterbury] escribió que, "lo que deberíamos redescubrir es la disciplina del silencio... la disciplina de alejarnos de nuestra fácil charla acerca del evangelio, de modo que nuestras palabras puedan venir nuevamente de una profundidad o fuerza nueva y diferente, de algo más allá de nuestras fantasías» (Radcliffe, pp. 10-11).*

Para Romero, toda verdadera predicación nace por un lado de las entrañas del predicador y su propia experiencia de fe, y por otro lado nace de las entrañas de la historia, las entrañas del pueblo que camina a diario con Dios. No hay predicación sin ensuciarnos los pies y las manos en la historia humana, ni tampoco hay predicación sin el trabajo arduo y a veces aburrido de la oración. El caminar del predicador se da dentro de la oscuridad de la fe, la oscuridad de la historia. Caminamos sin saber hacia dónde vamos. Si el predicador se arriesga a optar por este caminar oscuro, Dios le será fiel. Esto lo comprobó Romero con su vida. Y así ha prometió Dios a todos los profetas desde los tiempos más antiguos: «No tengas miedo, que contigo estoy para salvarte – oráculo de Yahvé» (Jer. 1,8).

## **Un humilde eco de la palabra de Dios, la verdad de Dios**

Al regresar a El Salvador después de su participación en la Conferencia de Obispos Latinoamericanos en Puebla, México en 1979, Mons. Romero contó una pequeña anécdota que en sí dice mucho de su persona: *«Me contaron que cuando sacaban mi valija de la aduana, antes de ayer, alguien dijo, 'Ahí va la verdad.' La frase breve,»* continuó Romero, *«me llena de optimismo porque en mi valija no traigo contrabando ni traigo mentira; traigo la verdad. He ido a aprender más la verdad»* (18 de febrero de 1979). En esos mismos días un periodista le hizo un comentario, «Dicen que después de Puebla va a cambiar su predicación. ¿Qué piensa usted?» Romero le contestó, *«La verdad no tiene por qué cambiar, la verdad se dice siempre – tal vez con más finura – pero siempre contando con*

*nuestras limitaciones. Es la palabra concreta de un hombre que tiene su estilo y su manera de ser, pero no es más que el instrumento de Dios»* (18 de febrero de 1979).

Monseñor Romero sabía muy bien que su palabra no era más que una humilde herramienta en las manos de Dios. Nunca pretendió saberlo todo, ni tener toda la verdad a su disposición. Pero tampoco le tuvo miedo al peligro de hablar la verdad. Después de todo, no era su verdad; era la verdad de Dios.

*«No me da miedo a mí que nuestra fe esté pendiente únicamente de la predicación del Arzobispo. No me creo tan importante, lo que creo es que esta palabra que no es más que un humilde eco de la palabra de Dios. Sí, entra en el corazón de ustedes, no por ser mía, sino por venir de Dios»*(29 de octubre de 1978).

### **Una semana más tarde retomó al mismo tema.**

*«Le doy gracias a Dios, porque están recibiendo mi palabra como es de verdad, palabra de Dios, porque muchos la reciben como palabra de hombre, como palabra de enemigo, como palabra de subversivo... Ese es el triste destino del que predica la palabra de Dios, ser como Cristo – signo de contradicción. Pero bendito sea Dios, que...el vehículo, aunque sea tosco e inútil, es vehículo nada más. Lo que interesa es lo que va en el vehículo: La palabra de Dios»* (5 de noviembre de 1978).

La Palabra de Dios, para Romero, es una vía que emplea Dios para seguir encarnándose en la historia de la humanidad, para seguir sanando las heridas que claman por el ungüento de la verdad. Él decía, *«Es mucho más fácil predicar la mentira, callar la verdad, acomodarse a las situaciones para no perder ventajas... ¡Que tentación más horrible la de la Iglesia! Y, sin embargo, Ella, que ha recibido el Espíritu de la verdad, tiene que estar dispuesta a no traicionar la verdad, y si es necesario perder todos los privilegios, los perderá, pero dirá siempre la verdad»* (22 de abril de 1979).

Para Romero, la búsqueda de la verdad estaba acompañada no sólo de un profundo y constante análisis social, sino también de una reflexión seria de las sagradas escrituras. *«Que no digan, pues, que no leemos la Biblia,»* dijo. *«No sólo la leemos sino que la analizamos, la celebramos, la encarnamos, la queremos hacer nuestra vida»* (11 de noviembre de 1979). Y en otra homilía: *«No podemos segregar la Palabra de Dios de la realidad histórica en que se pronuncia, porque*

*no sería ya Palabra de Dios; sería historia, sería libro piadoso, una Biblia que es libro de nuestra biblioteca»* (27 de noviembre de 1977).

Romero conocía el precio que uno tiene que pagar para ser fiel al trabajo agri dulce de predicar la Palabra de la Verdad. Alguna gente intentó distraerlo de su predicación, acusándolo de ser un títere de fuerzas externas. Él les aclaró a todos que no era títere de nadie: *«Muchos andan diciendo que yo soy presionado y que estoy predicando cosas que yo no creo; hablo con convicción, sé que les estoy diciendo la palabra de Dios»* (15 de mayo de 1977).

Dos semanas después, en la Fiesta de los Pentecostés, Romero predicó sobre el Espíritu de la Verdad que se revela por medio de la Iglesia, una Iglesia «víctima de la calumnia y del mal entendido.» Denunció los «campos pagados donde la verdad se dice a medias,» diciendo, «¡Es peor que mentir!» Ya se escuchaban en esos días rumores de amenazas contra la vida de Monseñor Romero – por su fidelidad a la Palabra de Dios. En la misma homilía de Pentecostés añadió, *«Siempre que se predica la verdad, contra las injusticias, contra los abusos, contra los atropellos, la verdad tiene que doler»* (29 de mayo de 1977). Romero llegó a saber con una creciente confianza que la Palabra de Dios – la Verdad del evangelio – le sería fiel al final.

## **Los sin voz descubren su propia voz**

En 1989, en el noveno aniversario del martirio de Monseñor Romero, tuve el privilegio de participar en la procesión anual de “San Romero de las Américas” por las calles de San Salvador. Mientras mi amigo y compañero dominico, Jim Barnett, y yo caminábamos por el corazón de la ciudad, junto a miles de personas, observé algo que al principio me tomó un poco por sorpresa: algunos jóvenes se salían de vez en cuando de la multitud para pintar graffitis en las paredes de los edificios públicos. Los más valientes entre ellos pintaban sus protestas sociales (a menudo solo el nombre de un amigo muerto o desaparecido, seguido por la palabra ¡Presente!) en un abierto desafío, ya que soldados fuertemente armados observaban cada uno de sus movimientos. En ciertos puntos estratégicos del camino, los soldados filmaban a los manifestantes desde lo alto de los edificios gubernamentales y militares.

Poco a poco, entendí que el graffiti era una de las pocas formas que tienen los pobres para manifestar sus preocupaciones y sus protestas públicamente. Su derecho a la libre expresión les es quitado por los que controlan los medios de comunicación en nuestro mundo, dejando sus voces encerradas – encerradas

en un mundo fabricado de mentiras. Lo mismo pasa hoy con las noticias que salen sobre las armas de destrucción masiva, la lucha por control del petróleo, y las guerras sangrientas en el Medio Oriente. Los pobres son habitualmente relegados a un lugar de silencio social, y en un país como El Salvador – y en la mayoría de América Latina – eso significa que el continente está en más de un 80% mudo.

Monseñor Romero estaba claramente al tanto de que la verdad era un bien escaso en la sociedad salvadoreña, y por eso él abrió el púlpito de la Catedral como micrófono para los sin voz, un foro de expresión profética de los oprimidos. Como parte de cada homilía dominical, Romero incluía una sección llamada Eventos de la Semana, en la cual él daba noticias de los distintos sucesos en la arquidiócesis y en el país. Era una oportunidad para que se escucharan las noticias verdaderas, para que la verdad del pueblo se gritara desde los techos de las casas por todo el país (cf. Mt 10,27). Él comentaba sobre los distintos eventos de las organizaciones populares, las reuniones de las comunidades eclesiales de base, reuniones de sacerdotes y religiosos, y visitas de grupos solidarios extranjeros. Otra parte estaba dedicada a las tragedias de la semana: las desapariciones, encarcelamientos injustos, allanamientos, y casi siempre alguna que otra noticia sobre un asesinato por medio de las fuerzas de seguridad o de la guerrilla. Para mucha gente, la voz de Monseñor Romero era una de las pocas voces de confianza en toda la sociedad salvadoreña del tiempo. Romero sabía que decir la verdad era su responsabilidad como pastor.

*«Estas homilías quieren ser la voz de este pueblo, quieren ser la voz de los que no tienen voz. Y por eso, sin duda, caen mal a aquellos que tienen demasiada voz. Esta pobre voz encontrará eco en aquellos que, como dije antes, amen la verdad y amen de verdad a nuestro querido pueblo»* (29 de julio de 1979).

En el espíritu de los antiguos profetas hebreos, Romero había respondido fielmente al llamado de Dios: *«Súbete, Sión, a un alto cerro para proclamar una buena noticia. ¡Haz resonar tu voz, oh Jerusalén! Clama sin miedo. Diles a las ciudades de Judá: 'Aquí está su Dios'»* (Is 40,9). La predicación de Monseñor Romero fue un tipo de graffiti evangélico que abrió un espacio libre para que la voz de los pobres fuera escuchada en el mundo.

Junto con sus homilías semanales en la catedral arquidiocesana, Monseñor Romero también aprovechó los otros medios de comunicación. Frecuentemente escribía columnas en los periódicos locales (los que aceptaban publicarlas), y luchó continuamente para levantar y mejorar la programación de la emisora arquidiocesana, YSAX. Bien sabía que, en un mundo esclavizado por el poder

de la mentira, el cristiano tenía que arriesgarse en el anuncio de la verdad. Públicamente se lamentaba de la distorsión de la verdad que fluía de gran parte de los medios.

*«Es lástima, hermanos...tener unos medios de comunicación tan vendidos a las condiciones. Es lástima no poder confiar en la noticia del periódico o de la televisión o de la radio porque todo está comprado, esta amañado y no se dice la verdad»* (2 abril de 1978).

En un llamado directo a aquellos periodistas que se vendían a los medios diseminadores de noticias falsas, Romero dijo, *«Un periodista o dice la verdad o no es periodista...»* (29 de julio de 1979).

En una columna de periódico, fechada el 20 de agosto de 1979, Romero criticó severamente a los delincuentes que habían incendiado las oficinas de La Crónica del Pueblo: *«Repudiamos esta barbaridad...Las cenizas continúan clamando. La voz de la verdad, el servicio amoroso de los intereses nobles de este pueblo, la inteligencia y el corazón de los que levantan esas banderas no se han quemado...El pueblo debe ayudar a que su voz se escuche de nuevo...»* Para Romero, la vocación de decir la verdad no era algo que él asumiera de manera ligera. Para él, y para la mayoría de los salvadoreños, proclamar la verdad era un asunto de vida o de muerte. *«Si no decimos la verdad», dijo Romero, «estamos cometiendo el peor pecado.»*

Romero estaba convencido de que la emisora YSAX jugaba un rol importante en la misión eclesial de anunciar la Buena Nueva, pero al mismo tiempo era realista. Sabía que era muy posible que llegara el día en que la emisora también fuera blanco de un atentado. Y si pasa, ¿qué hacemos? Preparó a la gente para tal posibilidad:

*«Una comunidad cristiana se evangeliza para evangelizar. Una luz se enciende para alumbrar...En los momentos de debilidad se ayudan mutuamente y, amándose y creyendo, dan luz, son ejemplo, de tal manera que el predicador ya no necesita predicar, cuando hay cristianos que han hecho de su propia vida una predicación. Les decía un día y hoy se los vuelvo a repetir, si por desgracia un día callaran nuestra emisora, no nos dejaran escribir ya nuestro periódico, hermanos, cada uno de ustedes que creen, tienen que convertirse en un micrófono, en una emisora, en un altoparlante...»*(29 de octubre de 1978).

Y por supuesto, ese día llegó en febrero de 1980. En su homilía dominical, días después de que las bombas destruyeran la emisora, Monseñor denunció

fuertemente lo que él llamó “una grave violación a la libertad de expresión.” Pero, como dijo San Pablo, podemos ser “perseguidos, mas no abandonados; derribados, mas no aniquilados” (2Cor. 4,9). En su homilía dominical, Romero llamó de nuevo a su pueblo a mantener una postura de esperanza, *«Todos saben como el lunes fue destruida la planta de esta emisora al explotar una bomba puesta por un grupo de ultraderecha... Con ese atentado se pretende querer callar a la voz profética y pastoral de la Arquidiócesis, precisamente porque está tratando de ser voz de los que no tienen voz... Esta ausencia de nuestra emisora en el aire está sirviendo, contra lo que pretendían los que la quieren callar, para dar más vigor moral a la palabra de la Iglesia»* (24 de febrero de 1980).

La frase “la voz de los sin voz” se ha usado mucho al hablar de Monseñor Romero. Aunque en sí suena bonita, no es una frase que capte adecuadamente la misión profética que él desempeñaba. Romero en ningún momento quiso acaparar el hablar del pueblo salvadoreño – como si el pueblo no tuviera su propia voz. Se consideraba un simple y humilde eco de la voz de Dios y de su pueblo. Sí reconoció que la emisora era voz de los sin voz, porque era un espacio donde la voz del pueblo oprimido se escuchaba. Lo que Romero anunciaba como signo de una gran esperanza, como hemos visto arriba, era que el pueblo cristiano se convertía en predicación viva, en micrófono y altoparlante. El pueblo de Dios estaba descubriendo de nuevo su propia voz – secuestrada durante un tiempo por la situación de injusticia y opresión. Su gran interés era acompañar a su pueblo en la recuperación de su propia voz, a poder vivir en plenitud su propia vocación profética.

Lo que era tan notable en Romero era que él estaba convencido de que el carisma de la predicación no era propiedad privada del arzobispo únicamente, sino que de hecho era una parte esencial del llamado cristiano para vivir la propia vocación profética de cada uno. “El pueblo es mi profeta,” le gustaba decir, y no sólo decirlo; lo puso en práctica cada día.

*«No es que me crea profeta, es que ustedes y yo somos un pueblo profético, es que todo bautizado ha recibido participación en la misión profética de Cristo... Si alguna vez nos quitaran la radio, nos suspendieran el periódico, no nos dejaran hablar, nos mataran a todos los sacerdotes y al obispo también; y quedaran ustedes un pueblo sin sacerdotes, cada uno de ustedes tiene que ser un micrófono de Dios; cada uno de ustedes tiene que ser un mensajero, un profeta. Siempre existirá la Iglesia mientras haya un bautizado, y ese único bautizado que quede en el mundo es el que tiene ante el mundo la responsabilidad de mantener en alto la bandera de la verdad*

*del Señor y de su justicia divina...No seamos cobardes, no escondamos el talento que Dios nos ha dado desde el día de nuestro bautismo, y vivamos de verdad la belleza y la responsabilidad de ser un pueblo profético» (8 de julio de 1979).*

Romero fue claro: la gracia de la predicación pertenece – por el bautismo – al propio pueblo de Dios. Y de esta forma, él fue preparando a su amado pueblo a continuar el ministerio de la profecía en el caso de que un día él no pudiera hacerlo más.

Y ese día llegó también – un mes después de la bomba que destruyó la emisora. Consciente de que de las bombas en la estación de radio solo habían fortalecido la posición profética de la Iglesia, los enemigos de la verdad tomaron la decisión más drástica: silenciar de una vez por todas, la voz del pastor.

El Domingo, 23 de marzo de 1980, el Monseñor Romero predicó lo que fue probablemente la homilía más valiente de su vida. Era, como en muchas de sus homilías, una llamada a la conversión y a un auténtico seguimiento de Cristo. En la homilía, su última homilía dominical, se dirigió a los soldados del ejército y a los de la Guardia Nacional:

*«Hermanos, son de nuestro mismo pueblo, matan a sus mismos hermanos campesinos y ante una orden de matar que dé un hombre, debe de prevalecer la Ley de Dios que dice: NO MATAR... Ningún soldado está obligado a obedecer una orden contra la Ley de Dios...Una ley inmoral, nadie tiene que cumplirla...Ya es tiempo de que recuperen su consciencia y que obedezcan antes a su consciencia que a la orden del pecado...La Iglesia...no puede quedarse callada ante tanta abominación. En nombre de Dios, pues, y en nombre de este sufrido pueblo cuyos lamentos suben hasta el cielo cada día más tumultuosos, les suplico, les ruego, les ordeno en nombre de Dios: ¡Cese la represión...!»*

Monseñor Romero fue asesinado el día siguiente, en el momento preciso en que concluía su homilía en el pequeño Hospital de la Divina Providencia donde él vivía en un humilde cuarto y donde a menudo celebraba la misa. Las últimas palabras de su vida, como es de esperar, fueron a la vez las últimas palabras de su última homilía:

*«Que este cuerpo [de Cristo] inmolado y esta sangre sacrificada por [los demás] nos alimente también para dar nuestro cuerpo y nuestra sangre al sufrimiento y al dolor, como Cristo, no para sí, sino para dar conceptos de*

*justicia y paz a nuestro pueblo. Unámonos pues, íntimamente en fe y esperanza a este momento de oración...»* (24 de marzo de 1980).

Monseñor Romero vivió como predicador y murió como predicador. Sin embargo, no dejó al pueblo del El Salvador huérfano, porque ya les había ayudado a reclamar su propia voz como pueblo profético. Así lo anunció el 17 de diciembre de 1978: “La Palabra queda, y ése es el gran consuelo del que predica. Mi voz desaparecerá, pero mi Palabra, que es Cristo, quedará en los corazones que lo hayan querido recoger.” Esa misma Palabra vive hoy, y permanece en nuestros corazones, porque es nada menos que la eterna Palabra de Dios.

Lima, Perú - 2005

### Fuentes citadas:

1. Mons. Oscar A. Romero: *Su Pensamiento*;
2. Mons. Oscar A. Romero: *Su Diario* (Esta colección de las homilias y el diario de Romero fue publicada por la Arquidiócesis de San Salvador, 2000);
3. James R. Brockman, S.J., *The Church is All of You; The Violence of Love* (Chicago Province of the Society of Jesús, 1984 y 1988);
4. María López Vigil, *Piezas Para un Retrato* (UCA Editores, San Salvador, 1993);
5. Monseñor Romero: *El Pueblo Es Mi Profeta* (Equipo MAIZ, San Salvador, 1994);
6. Timothy Radcliffe, «*Misión en un Mundo Desbocado: Futuros Ciudadanos del Reino*», Asamblea de SEDOS, Roma, 5 de diciembre de 2000.

Este artículo hace uso de material de dos artículos previamente publicados: uno en la revista *Spirituality* (Dominican Publications, Dublin, Irlanda, 2000), y el otro publicado en la revista *Celebration* (Kansas City, MO, USA, marzo 2005). El autor agradece profundamente a Roxanna Pastor y a Jorge Mario Martínez por su ayuda en la traducción y redacción de este artículo, y da permiso para la reproducción y publicación del mismo en honor al veinticinco aniversario de la muerte y resurrección de Monseñor Romero.